



estrellas»

MARR CONOCEN

ERO DE BERNABE

fecha casi siempre, «llevando la contraria» a la empleada que acompaña a los modelos y que insensiblemente, por vicio profesional, pretende transmitirle su gusto...

Pero a Hedy le agrada ir de compras cuando tiene que hacer algún regalo a sus amistades. Lo hace «para los demás», por la alegría y la sorpresa que pueda depararles con su obsequio. Y pierde todo el tiempo que puede, sin sentirlo, recorriendo las diversas tiendas y almacenes del Sunset Boulevard. Y disfruta imaginando el efecto que va a producir la apertura del paquete enviado por ella. ¡Oh, la emoción de no saber lo que recibimos en un día de aniversario, en una fecha memorable, hasta que hundimos nuestras manos en la caja de cartón o abrimos el estuche!...

Hedy tiene una inocente pretensión: la de que su envío será el mejor regalo de la jornada por interesante, por original y por costoso... Por eso también a ella le encanta «que se acuerden de ella» y que la remitan algún bonito presente, aunque sea muy sencillo. Le basta con el gesto, con la intención de quien lo haga. (El año pasado gastó Hedy muy cerca de quince mil dólares—una fortuna para mucha gente en estos tiempos calamitosos—en esos pequeños «deberes de amistad», en esas «sutiles atenciones»...)

«PERO CONSTE QUE NO ES COQUETERIA...»

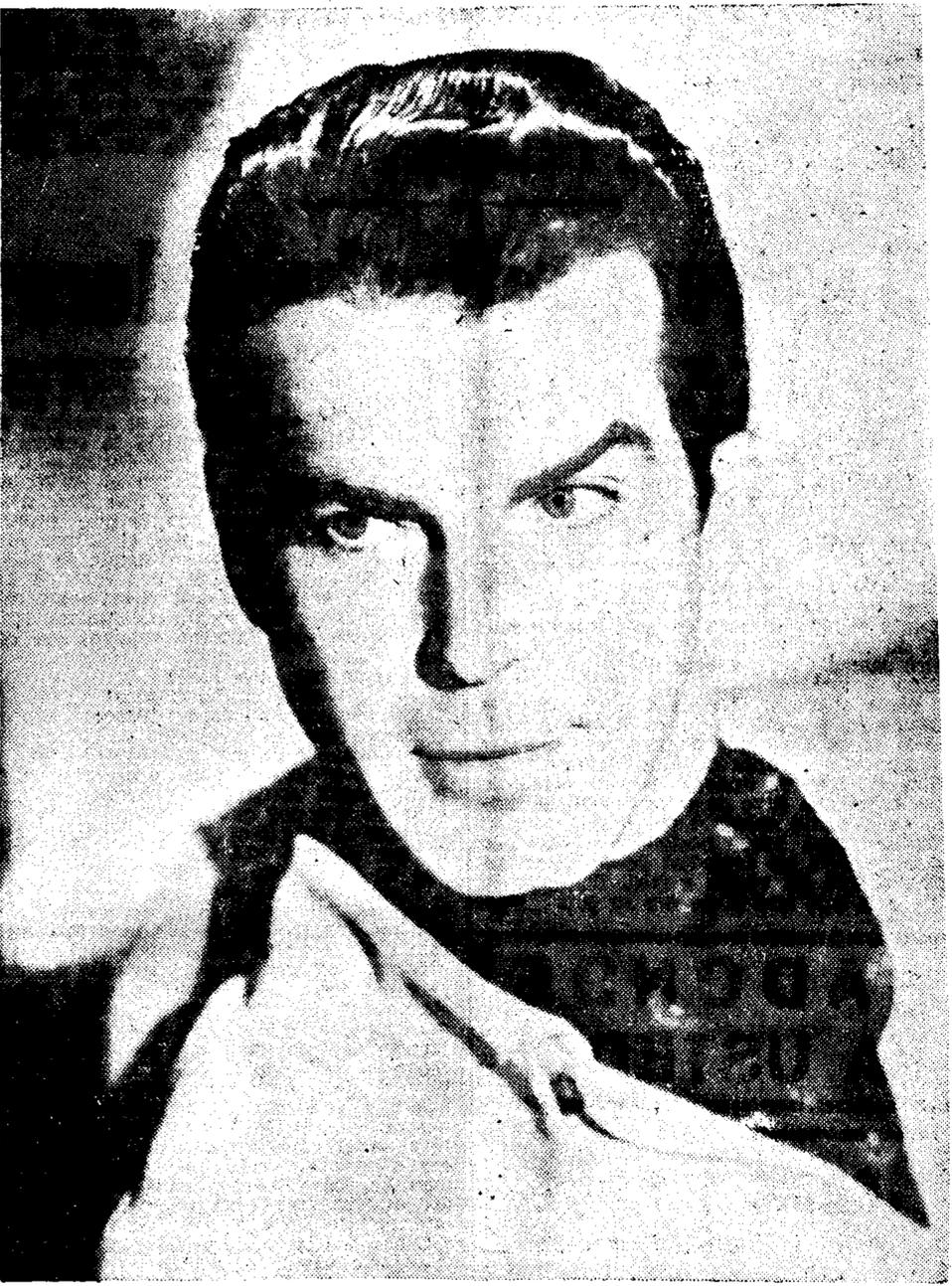
Usa las medias cuando no tiene más remedio; pero la agobian y hasta la entristecen. Ha intentado—incluso—una «cruzada» contra ellas, alegando como suprema razón para no usarlas—léase romperlas—el benigno clima de California. (Una especie de Andalucía.) Pero muy pocas artistas la han secundado en su «medifobia». Sin embargo, las humildes «extras» de los estudios esgrimen el pretexto de decir cuando exhiben al desnudo sus tostadas pantorrillas:

—¿Como Hedy Lamarr!...
Odia también los tacones altos, y jamás se ha comprado para llevar por la calle un par de zapatos de ese estilo desde que salió del colegio... Aunque asista a una fiesta de noche y lleve sobre los hombros su gran capa de armiño—sólo imitada por la fastuosa Loretta Young—, el tacón de su zapato nunca rebasa la altura de dos centímetros y medio.

—¿Para qué quiero parecer más alta de lo que soy?—pregunta a quien, a su vez, le interroga sobre el particular.

Jamás ha entrado Hedy en uno de esos llamados «salones de belleza». Se prefiere

ROSTROS DEL CINEMA



Hay en Fred Mac Murray una cualidad, acaso la más importante para una persona, sea artista o no: la simpatía. Y esta simpatía nace de su naturalidad, de su don de gentes, de su facilidad de adaptación, de su falta de vanidad y engrimeamiento. En resumidas cuentas: el alegre Fred no es un atolondrado, un simpático de esos que sorprenden momentáneamente para luego dejar ver su fondo egoísta y calculador, sino un auténtico e íntegro simpático, que vive con simpatía, no «de» la simpatía... Como actor ha probado las mieles del éxito a lo largo de una fecunda labor de intérprete adaptable a los más diversos papeles, en cualquier género de la ficción cinematográfica. Ha sido, sobre la pantalla, de todo: granjero, periodista, minero, boxeador, médico, «gigoló», escritor, marido y amante, hombre de mundo y aventurero, millonario y ayuda de cámara... Su arte se cibe a las necesidades y anfractuosidades de cualquier cometido humano, sin perder su tónica personal, su propio carácter... El rostro de Fred Mac Murray—el más completo actor del moderno cinema—se descompone en mil facetas sin necesidad de la caracterización. Es el hombre de las mil expresiones naturales...

Autores y escenarios

COMICO.—ESTRENO DE «UNA MUJER DESCONOCIDA», COMEDIA EN TRES ACTOS DE MERCEDES BALLESTEROS DE LA TORRE

Entre las escritoras que tienen un sentido literario ágil, moderno, descuella Mercedes Ballesteros, cuyo libro de aforismos «Gracia y desgracia» apunta un espíritu reflexivo; cuya comedia «Quiero ver al doctor»—en colaboración con su marido, Claudio de la Torre—marca una gran vivacidad escénica, y que en novelas, cuentos y guiones, de cine aborda, con fortuna, los temas de nuestro tiempo.

Ahora en «Una mujer desconocida» deriva hacia ese teatro, entre risueño y humorístico, del enredo húngaro e italiano.

arrojándose a una estrepitosa alegría, a la que sigue una crisis de llanto y de dolor, lejos de todos y de todo...

Una vez le preguntó cierto adorador muy en serio:
—¿De quién está usted enamorada?
Y respondió sin titubear:
—¡Dej éter!...

No consiente que nadie le haga su cama. Dice que cuando Dorothy—su doncella—ha intentado hacérsela «no ha pagado un ojo en toda la noche»... Sus manos son las más bonitas de Hollywood, según opinión del fotógrafo Ruttemberg, que le tiró cien placas de ella, exclusivamente para una Exposición titulada «Las manos de Hedy Lamarr»... No es escritora ni aspira a serlo; pero llena con su pluma cuartillas y cuartillas, que guarda bajo llave y que nadie ha leído... Adora la música, sobre todo la ópera italiana... No lleva encima ninguna joya. Si acaso, una solitaria perla...

Cuando no tiene que trabajar entra en un cine modesto o en un café de barriada para pasar la tarde. De noche no sale casi nunca y no se atreve a ir sola... Alguna vez se pone para esas «capadas» el abrigo de su doncella, sus guantes y su bolso... Ella misma, por su humildad y sencillez se llama «Violeta» (Y la violeta es su flor preferida...)

Cree sinceramente que es una excelente esposa, le entusiasma la idea de la maternidad y tiene del amor un especialísimo concepto, que puede resumirse en esta frase:

—Es lo único que compensa de todo en la vida... Pero es una compensación de demasiado cara...

que participa de la escena y de la pantalla, encarnado en el tipo de la muchacha frívola, desenvuelta—la chica-ciclón—, que hemos visto en «Atrevete, Susana», en «Suspense de amor», etc. Sólo que ahora recoge el tema de la «amnesia», fuente de equívocos y razón de sinrazones, que los toscos autores ilterados al uso convierten la escena en batuda y ordinarioz, mientras los de rango literario, como Mercedes Ballesteros, en finura y delicadeza. Y así como hay éxitos aburridos, de una comicidad estrafalaria, hay éxitos divertidos, de una clara y amena sencillez.

Nada de lo que ocurre en «Una mujer desconocida», dentro de lo convencional del tema, necesita apoyarse para divertirse, ni en la batuda ni en el mal gusto. Divierte por las situaciones equívocas, por la amenidad del diálogo, por la finura del humor.

El público ríe a placer, sin mostrarse serio y avergonzado al salir. Esto es lo que conviene señalar. La inferioridad de la risa tosca, la superioridad de la risa literaria. Por lo demás, «Una mujer desconocida» nada añade al acervo de Mercedes Ballesteros, si bien nada le quita. No es una obra considerable, pero tampoco una pirueta. Por lo pronto desplaza la ordinarioz, el mal gusto, la cochambre cómica, que debe desaparecer totalmente.

Josita Hernán, en su elemento de aventura y desenvoltura, mitad teatro, mitad cine, estuvo dinámica, graciosa—chica-ciclón—. Ana Leyva, arrogante e intencionada, y Gorriz, en su breve intervención, acertadísimo. Hay que reprochar a la autora el tipo de modisto afeminado, innecesario y desafiado. Y emplazarla para obras de más enjundia, como cumple a su destino literario.

El éxito, de risa regocijante, espontánea, grande, auténtico, unánime, Mercedes Ballesteros salió a escena en los tres actos.—Grisóbal de Castro.

RIALTO. — «UN PISOTON, CUAL QUIERA DA EN LA VIDA»

La farsa de D. José de Lucio, estrenada anoche en el teatro Rialto, tuvo una excelente acogida del público.

No hay nada nuevo en el argumento de la obra. Un marido que tuvo un desliz hace veinte años, fruto del cual fué una niña, para que su mujer no se entere, inscribió a la niña en el Registro Civil como hija de un amigo suyo. Luego su

(Continúa en la página octava.)